

ROBIN ROE

UNA LISTA DE JAULAS

Traducción del inglés

Pilar Ramírez Tello

 NOCTURNA
EDICIONES

Título original: *A List of Cages*

Publicado en 2017 por Hyperion, un sello de Disney Book Group

© de la obra: Robin Roe, 2017

© de la traducción: Pilar Ramírez Tello, 2018

© de la presente edición: Nocturna Ediciones, S.L.

c/ Corazón de María, 39, 8.º C, esc. dcha. 28002 Madrid

info@nocturnaediciones.com

www.nocturnaediciones.com

Primera edición en Nocturna: febrero de 2018

Preimpresión: Elena Sanz Matilla

Impreso en España / *Printed in Spain*

Imprenta Kadmos, S.C.L.

Código IBIC: YFB

ISBN: 978-84-16858-39-2

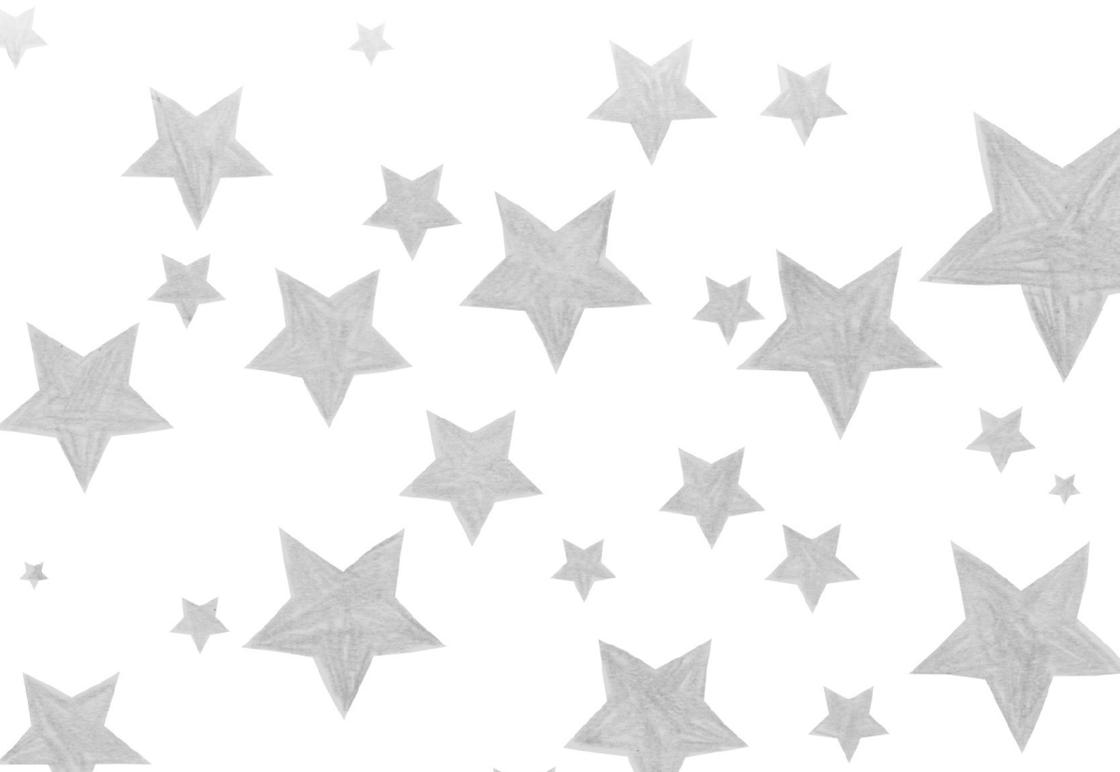
Depósito Legal: M-34613-2017

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

Para mi madre, que me enseñó a dar y amar con todo mi corazón,

y

*en memoria de Jamie, el precioso niño que me recuerda que
somos más de lo que podemos ver*





PRIMERA PARTE



UNO

JULIAN

En este instituto hay una habitación que nadie más que yo conoce. Si pudiera teletransportarme, estaría allí ahora mismo. Quizá si me concentro lo suficiente...

—Julian. —El señor Pierce es tan cortante al pronunciar mi nombre que pego un respingo—. No llevas aquí ni un mes y ya has faltado seis veces a clase de Lengua, nada menos.

Seguro que he faltado a más, pero supongo que nadie se daría cuenta de que no estaba.

El director se inclina hacia delante con ambos puños alrededor de su bastón, alto y retorcido. Tiene una pequeña criatura tallada en la parte superior. He oído a los otros chicos hablar sobre ella y discutir sobre si se trataba de un gnomo, un trol o una réplica en miniatura del señor Pearce. A tan poca distancia, reconozco que se parecen.

—¡Mírame! —me grita.

No sé por qué la gente se empeña en que la mires cuando está enfadada contigo, justo cuando menos te apetece hacerlo. Sin embargo,

hago lo que me ordena, y el despacho sin ventanas parece encogerse y yo con él. Un chico microscópico bajo el escrutinio del señor Pearce.

—Te resultaría mucho más sencillo mirar a alguien a los ojos si te cortaras el pelo.

Me lanza una mirada aún más furiosa cuando empiezo a apartarme el cabello de la cara.

—¿Por qué no has estado yendo a clase?

—No... —Me aclaro la garganta—. No me gusta.

—¿Cómo dices?

La gente siempre me está pidiendo que le repita las cosas o que hable más alto. La razón principal por la que no me gusta Lengua es que la señorita Cross nos obliga a leer en voz alta y, cuando me toca, me trabo con las palabras y me dice que hablo demasiado bajo.

Como lo sé, alzo un poco la voz:

—No me gusta.

El señor Pierce arquea sus dos cejas grises como si estuviera completamente perplejo.

—¿De verdad crees que eso es motivo suficiente para no ir?

—Pues...

Para todo el mundo, hablar es algo natural. Cuando alguien dice algo, saben al instante lo que responder. No obstante, para mí es como si el camino entre el cerebro y la boca estuviera estropeado, como una extraña forma de parálisis. No puedo hablar, así que me dedico a jugar con la punta de plástico de los cordones de los zapatos.

—¡Responde a mi pregunta! ¿Crees que no gustarte una clase es motivo suficiente para no ir?

Sé lo que creo, pero la gente no quiere que digas lo que piensas, sino que digas lo que ellos piensan. Y no es nada fácil averiguarlo.

El director entorna los ojos, desesperado.

—Mírame, joven.

Miro su rostro enrojecido. Hace una mueca, y dudo si será porque le duele la rodilla o la espalda, que es lo que siempre parece.

—Lo siento —respondo, y se le ablanda la expresión.

De repente, sus pobladas cejas se vuelven a juntar y coloca sobre la mesa una carpeta abierta con mi nombre.

—Debería llamar a tus padres.

Se me escapan los cordones de los dedos helados.

El hombre esboza una sonrisa.

—¿Sabes lo que me sienta muy bien?

Consigo negar con la cabeza.

—Ver esa cara de miedo en los estudiantes cuando les digo que voy a llamar a su casa. —Se lleva el auricular a la oreja. Él y su monstruito de madera me observan mientras transcurren los segundos. Entonces, despacio, retira el teléfono—. Supongo que no tengo que llamar, siempre que me prometas que no volveré a verte por aquí.

—Lo prometo.

—Pues vete a clase.

En el pasillo intento respirar, pero sigo temblando, como cuando ha estado a punto de atropellarte un coche que iba a toda velocidad y has logrado apartarte de un salto en el último segundo.

Cuando entro en la clase de Desarrollo Infantil, todas las chicas levantan la cabeza a la vez, como si fueran una manada de ciervos que presienten el peligro. Hasta que me ven y entonces apartan la vista como si yo ni siquiera estuviera ahí.

Puesto que llego tarde, tengo que quedarme frente a la clase mientras la señorita Carlisle lee con rabia la nota del director. Aunque nadie me mira, no puedo evitar pensar que llevo el pelo demasiado largo, que los vaqueros me quedan cortos y la camiseta, pequeña, y que todo lo que llevo puesto es feo y está hecho polvo.

—Ya he anotado que estabas ausente —suspira la profesora. Es probable que sea incluso mayor que el señor Pearce; quizás en algún momento su cabello fuera rubio y sus ojos de un luminoso color azul, antes de desteñirse como una fotografía—. No sé qué tengo que hacer ahora.

Soy consciente de que el sistema de control de asistencia le estresa, porque ella misma nos lo cuenta casi todos los días.

—Lo siento.

—No pasa nada —responde, dejando caer los brazos con gesto de cansancio—. Ya lo arreglaré.

Mientras me dirijo a mi asiento del fondo, el otro chico de la clase, Jared, agita una mano para llamar mi atención.

—Te veo después en el autobús, ¿verdad? —me pregunta.

No respondo.

La señorita Carlisle anuncia que hay que terminar la tarea en grupo, así que todos se ponen a gritar los nombres de la gente que quieren en el suyo y a colocar los escritorios en círculos.

Es probable que sea la única persona del instituto que odia que los profesores nos dejen elegir grupo. Agacho la cabeza y cierro los ojos. Antes pensaba que, si me concentraba lo suficiente, desaparecería. Ya no me lo creo del todo, aunque a veces lo sigo intentando.

—Julian —dice la señorita Carlisle—, hoy te la vas a ganar. Búscate un grupo. —Miro a mi alrededor, a los grupos que ya se han formado, y se me crea un nudo de ansiedad en el estómago—. Únete al que tengas más cerca y ya está.

En el que tengo más cerca está Kristin, una chica que se parece un poco a un pez de colores porque tiene el pelo naranja y los ojos saltones. Me lanza una mirada agresiva, y es como si me hubiese puesto una capa de invisibilidad defectuosa: funciona a la perfección hasta que cometo una estupidez.

Conocí a Kristin al principio de este curso. En la primera clase del día, me dio un toquecito en el hombro y me preguntó si estaba leyendo un libro de Elian Mariner. Asentí con cautela, ya que nadie inicia nunca una conversación conmigo. Aun así, cuando quiso saber de qué iba, las palabras brotaron sin más. Sí, era un libro de Elian Mariner, probablemente mi favorito de toda la serie. Kristin no dejaba de asentir con la cabeza e interrogarme, y entonces me dijo que a su hermana le encantaban aquellos libros, y añadió: «Porque tiene siete años».

Cuando todos los que nos rodeaban se echaron a reír, escondí el libro en la mochila. No me di cuenta hasta la siguiente clase de que no lo tenía. A sexta hora, al volver de afilar el lápiz, allí estaba, encima de mi silla.

Lo abrí y descubrí que habían profanado todas las ilustraciones con un rotulador negro. De los pantalones de Elian salían dibujos de penes, y había otros tantos volando y apuntándole a la boca. Con las lágrimas a punto de brotar, levanté la vista y me di cuenta de que la clase entera me miraba. Localicé los ojos de pez de Kristin entre la multitud, justo antes de que ella dejara caer la cabeza, muerta de risa, sobre su escritorio.

—¡Julian! —me grita la señorita Carlisle—. Muévete.

Arrastro a toda prisa mi mesa para unirme a las chicas.

—Bueno, Violet y Jen —dice Kristin—, ¿dividimos el trabajo?

Finjo no darme cuenta de que me excluye y abro el libro.

—Vale —contesta Violet—. Julian, ¿quieres...?

—Lo que yo quiero es sacar buena nota —la interrumpe Kristin—. Vamos a dividirlo entre nosotras.

Violet no responde, y yo finjo que no oigo nada.

Después del timbre que pone fin a las clases, es como si alguien le hubiera dado una patada a una colmena; los chicos se reúnen y vuelan en mil direcciones distintas. Se produce una repentina explosión de ruido: charlas y pitidos de los móviles. Yo permanezco paralizado en lo alto de las escaleras de la entrada del instituto.

Mi padre está apoyado en un árbol al otro lado de la calle.

Cuando era pequeño, mi madre era la que solía recogerme, aunque de vez en cuando mi padre salía temprano y me sorprendía. En lugar de unirse a la fila de coches, iba a por mí a pie. Siempre llevaba

las manos manchadas de tinta, igual que un niño después de pintar con los dedos, y decía: «Hace muy buen día, sería una pena ir en coche». Lo decía aunque lloviera.

Pero, por supuesto, el hombre del otro lado de la calle no es en realidad mi padre, sino una ilusión de la luz solar que se filtra entre las ramas y se derrama sobre un corredor que se ha parado a recuperar el aliento.

Me quedo donde estoy, incapaz de moverme.

Tanto que los altos escalones se convierten en una montaña de la que debo descender. Tanto que tardo un rato en reunir la energía necesaria para iniciar el largo camino de regreso a casa.

A diez manzanas del instituto, empiezo a temblar. El otoño ya está aquí, pero parece demasiado pronto. Casi como si me hubiera saltado los tres últimos meses, porque se supone que hay ciertas cosas que tienen que pasar todos los veranos.

Se supone que tengo que ir a la playa con mis padres. Se supone que tenemos que ver los fuegos artificiales, comprar bengalas y buscar conchas. Se supone que tengo que quedarme despierto hasta tarde y sentarme en el porche delantero a comer polos mientras mi madre toca la guitarra y mi padre dibuja. Después, mientras él me acuesta, se supone que tiene que preguntarme: «¿Cuántas estrellas?».

Si el día ha sido estupendo, se supone que tengo que responder nueve o diez. Y si ha sido asombroso, el mejor día de mi vida, se supone que tengo que hacer trampa y decir algo así como: «Diez mil estrellas».

Sin embargo, no vimos los fuegos artificiales ni comimos polos ni hicimos cosas de verano, y noto dentro este dolor, como si me hubiera pasado las Navidades durmiendo.

El mismo abatimiento que sentí después de clase reaparece en cuanto entro en la casa vacía. Está oscura, reluciente y bien ordenada. Cada uno de los muebles tiene un valor estratégico. Cada color lo ha coordinado alguien entrenado para ese trabajo. Es justo la clase de casa que creía querer... hasta que la tuve.

Entro en mi dormitorio, que tiene suelos de madera pulida, paredes pintadas de color arena y muebles pesados. Me llama la atención lo único que está fuera de lugar: el gran baúl de acero a los pies de la cama. Mis padres me lo compraron para ir de campamento el verano que cumplí los nueve años. Me dijeron que era muy valiente por ir de viaje solo, pero los echaba tanto de menos que no aguanté allí ni la primera noche.

Dejo caer la mochila al suelo y levanto la pesada tapa del baúl. Se me encoge el corazón al mirar todas las cosas que amo: los álbumes de fotos, los libros de Elian Mariner y el cuaderno verde con espiral de mi madre. Hoy no lo toco y me dedico a buscar el mío. Paso unas cuantas hojas y sigo por donde lo había dejado.

Horas después, suelto el bolígrafo al oír que un coche entra en el garaje. Son las ocho, aunque a veces mi tío llega a casa aún más tarde. Y, en ocasiones, si tiene que reunirse con clientes de otras ciudades, no viene a dormir.

Me quedo mirando la puerta de mi dormitorio, la forma en que la luz del pasillo ilumina el perímetro como una entrada a otra dimensión. Me quedo pendiente del ruido que hace al subir las escaleras hasta su despacho, porque incluso cuando está en casa, suele trabajar.

En lugar de eso, veo una sombra proyectada bajo mi puerta.

Cierro los ojos, pero no puedo teletransportarme ni tampoco desaparecer.

Mi tío Russell me dijo una vez que antes era tan alto y delgado que, cuando su instituto representó *Cuento de Navidad*, le pidieron que fuera la Parca. He intentado imaginármelo, aunque cuesta creer que fuera tan frágil.

Russell no habla, sino que se limita a coger la caracola que tengo sobre la cómoda y se pone a darle lentas vueltas entre las manos. Tiene dedos largos y finos, como plastilina estirada.

—¿Estás haciendo los deberes? —me pregunta por fin.

—Sí —respondo, y de inmediato me siento culpable.

Es tarde y acaba de llegar a casa de trabajar, todavía va bien vestido: con corbata al cuello, mientras que yo ni siquiera he deshecho la mochila.

Devuelve la caracola a su sitio y me quita el cuaderno de las manos. Lo mira entornando los ojos, lo pone bocabajo, después de lado y de nuevo del derecho. Es algo que hace a veces, una especie de broma sobre mi horrible letra.

—¿Qué es esto? —inquire.

—Un comentario de texto.

Me mira con atención, y temo que se dé cuenta de que miento. Me asomo a las profundas fallas que le surcan la frente y la parte de debajo de los ojos para intentar interpretarlo. Algunas noches, cuando vuelve a casa, sobre todo si se ha pasado fuera varios días, parece aletargado, relajado, como si acabara de darse un banquete.

Otras es como si hubiera algo moviéndosele justo por debajo de la piel, algo que se le arrastrara por allí y lo arañara para intentar salir. Esas noches lo mejor es oír que se cierra la puerta de su despacho. Aunque yo me sienta solo y encerrado, es mucho mejor.

Se le tuerce la comisura de los labios y es casi como si sonriera.

—Has escrito mal «siniestro». —Deja el cuaderno en el suelo—. Ven a la cocina.

Lo sigo al otro cuarto y él abre un cartón de comida para llevar. Se queda de pie junto a la encimera de granito, corta su bistec con un cuchillo afilado y se come los chorreantes trozos rojos. La casa está en silencio salvo por el lejano ruido metálico del calentador de agua, el mismo ruido que hace la secadora si dejas alguna moneda dentro de los bolsillos.

—Hoy me ha llamado tu director.

Su voz es profunda, tranquila y firme, pero sus palabras me aceleran el corazón. El señor Pearce me había dicho que no llamaría si prometía ir a clase, y se lo prometí.

Por un segundo, la imagen de mi madre de pie junto al instituto, esperándome, me parpadea detrás de los ojos.

—¿Me estás escuchando?

Asiento a toda prisa, avergonzado. No trabajo lo suficiente. No como Russell, que trabaja más que nadie que conozca. No le ha quedado más remedio desde que murió su padre cuando él tenía diecisiete años. De nuevo intento imaginármelo joven y frágil, pero soy incapaz.

Él corta el bistec y se come otro trozo rojo.

—¿Cuánto tiempo llevas viviendo aquí?

Noto frío en el estómago. Me he tragado el invierno. Va a echarme. Me he portado mal demasiadas veces y está harto.

—Lo siento.

—Eso no es lo que te he preguntado.

—Cuatro años.

—En todo ese tiempo, ¿qué es lo único que te he pedido? ¿Cuál era nuestro único acuerdo?

—Que pudieras confiar en mí.

—¿Y? —insiste antes de comerse otro trozo.

—Que pudieras confiar en que hiciera lo correcto.

—¿Y?

—Que no tuvieras que comprobarlo.

—No es pedir demasiado, ¿verdad?

Todo el sentimiento que falta en su voz empieza a palparle en la vena del cuello.

—No.

—Entiendo tus... limitaciones. No espero que saques sobresalientes. Ni siquiera notables. Pero quedarse sentado en una clase no es tan difícil, ¿no?

—No.

—No me gusta que me llamen de tu instituto. Quiero ser capaz de confiar en ti.

—Lo siento.

Y lo digo en serio.

Deja el cuchillo cerca del hueso pelado.

—Ve a por eso.



DOS

JULIAN

Va a suceder algo horrible.

Normalmente me despierto con esa sensación en el fondo del pecho. Como si estuviera ciego y justo al lado tuviese algo de lo que podría huir si tan sólo lo viera. Una idea vaga pero insistente que me persigue hasta la cuarta hora de clase y, cuanto más intento librarme de ella, más me consume.

Me doy cuenta de que he desconectado cuando advierto que mi profesora de Arte, la señorita Hooper, está a mi lado con un cuadrado de papel amarillo en el que pone: «Al despacho de la doctora Whitlock».

Suspiro.

La mejor parte de entrar por fin en el instituto era que se acababan las reuniones con la psicóloga de la escuela. Entonces descubrí que la señora de mi antiguo colegio ahora trabaja aquí.

—Coge tus cosas —me dice la señorita Hooper, así que agarro la mochila y salgo al pasillo.

—¿Julian?

Me giro.

Y el momento parece ralentizarse.

Es como si estuviera inmóvil mientras el mundo pasa por mi lado a toda velocidad, como un coche por una calle sombría. Y, por un segundo, los faros me iluminan. Eso es lo que siento, que estoy paralizado en la oscuridad y de repente lo veo: Adam Blake. Apoyado en la pared de ladrillo, con aspecto relajado mientras no deja de moverse.

Por un momento siento un estallido de pura felicidad. Siempre me he preguntado qué le diría si volviera a verlo. Entonces se me ocurre que no hay nada que decir, salvo quizá «lo siento», y mi felicidad se desvanece.

Él sonrío. Miro a mi alrededor para ver a quién le dirige el gesto, pero no hay nadie.

—Soy yo, Adam.

No sé por qué me dice su nombre. Aunque no lo supiera de antes, lo conocería. Llevo poco tiempo en este instituto, pero ya he oído su nombre unas cien veces, sobre todo en boca de las chicas que están enamoradas de él; su fascinación me desconcierta un poco. No va bien arreglado, como afirmaba mi madre que debía ir un chico mientras me cepillaba el pelo por las mañanas. Lo lleva descuidado, igual que si hubiera intentado peinárselo en una dirección, se hubiera aburrido y lo hubiera peinado en la otra, para después cambiar de idea otras cinco veces.

Es más alto que yo, aunque no tanto —ni mucho menos como el enorme rubio que siempre lo acompaña—; yo creía que a las chi-

cas les gustaban los chicos que eran muy altos y fuertes. Ni siquiera se comporta como deben hacerlo los tíos populares. Los de mi curso andan de un modo concreto, casi dando pisotones cuando se enfadan, mientras que Adam va corriendo a todas partes como si llegara tarde. Lo he visto tropezar con sus propios pies más en más de una ocasión; se limita a sonreír y seguir andando.

Esa es otra: los chicos no sonríen mucho. No sé bien si es porque no son felices o sólo porque fingen no serlo, pero él siempre parece... amable. Y amable y torpe no son cosas que molen. Salvo en este instituto, al parecer.

Mientras Adam me espera, expectante, mi ansiedad aumenta. No saber qué decir es algo normal en mí, pero no saber qué decirle a *él* sienta un millón de veces peor.

—No puedo creerme que seas tú —confiesa.

De pronto, se adelanta y yo doy un salto hacia atrás. Se detiene con cara de desconcierto. Ahora sí que estoy muy avergonzado. Es Adam, y si se lanza sobre mí con los brazos abiertos es probable que sólo quiera abrazarme. A pesar de ello, la vergüenza y el dolor me sobrepasan.

Veo la sorpresa en su cara durante una fracción de segundo antes de terminar de darme media vuelta y salir corriendo por el pasillo en dirección contraria al despacho de la doctora Whitlock.

Cuando he desaparecido de su vista, freno para que no me detenga ningún profesor. Respiro hondo mientras le doy vueltas en la mano a la arrugada nota amarilla. La doctora no tardará en darse cuenta de que no voy. Si se lo cuenta al señor Pierce, volverá a llamar

a Russell, y entonces él querrá saber qué he hecho para que me envíen a verla a ella.

Pero si voy a su despacho, la doctora me mirará a los ojos y me hará preguntas violentas que no puedo responder, y me dolerá el estómago. Después, quizá llame a Russell sólo para comentarle que estoy viéndola de nuevo.

Me detengo, muerto de indecisión.

No hay ninguna alternativa buena.

Y con cada segundo que pasa aumentan las probabilidades de que la doctora se lo cuente al director.

Debería volver inmediatamente, pero no consigo obligar a mis pies a moverse en esa dirección. Por ahora, la certeza de ver a la doctora Whitlock es peor que la posibilidad de enfrentarme a Russell, aunque sé que no pensaré lo mismo si al final ocurre. Me digo que soy un estúpido por arriesgarme. Pero supongo que lo soy, porque ya he tomado la decisión.

Esquivo el ala de Lengua porque esos profesores siempre están en sus puertas, igual que una patrulla vecinal, y me dirijo al ala de Ciencias. El aire está impregnado de un enfermizo olor químico, el olor de la disección. Al final del pasillo doblo la esquina y me quedo paralizado: el señor Pearce está justo allí, inclinado sobre su bastón torcido. No sé si es porque está enfadado o sólo porque le duele algo.

Me agacho en el hueco en el que está la fuente y espero. Cuento hasta sesenta y me asomo: él levanta la vista y me mira con rabia.

Me escondo y oigo el taconeo de su bastón. Me aplasto contra la pared e intento no gemir en voz alta. El señor Pierce y su goblin se acercan. Clac. Clac. ¡Clac!

Entonces pasa cojeando junto a mí, como si no tuviera ninguna visión periférica.

Espero hasta que desaparece de mi vista antes de salir a toda prisa, dejar atrás el gimnasio y entrar en el vestíbulo abierto que hay frente al salón de actos. Me meto en el salón y dejo que la pesada puerta se cierre.

Está oscuro.

Esta es la parte que más miedo da de todo el viaje. Si me pillan, me meteré en un lío, porque no existe ninguna razón lógica que explique mi presencia aquí. Esa idea me impulsa a correr hasta que los dedos de mis pies dan con el escenario.

Subo las escaleras y me meto detrás del telón; hay incluso menos luz, y huele a polvo y cera de vela. Por un momento, el aire parece más denso, como si tuviera algo justo detrás de mí.

Contengo el aliento y extiendo los brazos del mismo modo que lo haría si estuviera ciego. No dejo de dar trompicones hasta que cierro las manos en torno a lo que buscaba: la escalera de hierro negro atorillada a la pared. La subo hasta que por fin veo una luz que entra por la ventana sucia del desván.

El desván es enorme, y hay innumerables baúles y cajas de cartón rebosantes de sombreros y espadas de plástico. En una esquina descansa un enorme dragón de papel maché con un reluciente ojo rojo.

La primera vez que subí aquí me daba tanto miedo que alguien me descubriera en cualquier momento que me pasé toda la hora dando vueltas de un lado para otro. Hasta que encontré el pasadizo.

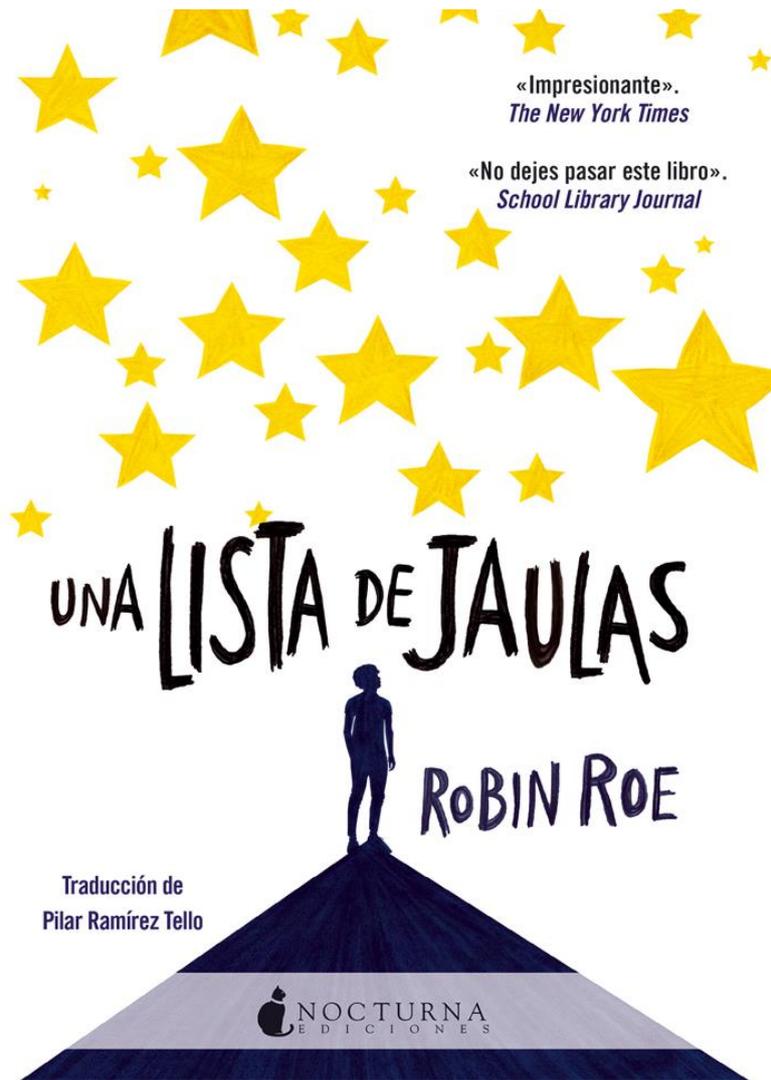
Detrás del viejo armario localizo las dos tablas torcidas que cuelgan de sus clavos como si fueran postes y las empujo a un lado para ver la habitación que se esconde más allá de ella. En el espacio por el que hay que arrastrarse para llegar desde el desván hasta mi cuarto secreto, las planchas del suelo están cruzadas y queda un hueco de unos sesenta centímetros de negro vacío. Tengo que saltar.

Y estoy en mi cuarto. Las paredes y los suelos son mucho más oscuros y huelen más a viejo. No hay nada y es del tamaño justo para que pueda tumbarme en una dirección, aunque no en la otra. Tiene una ventana redonda, similar a uno de los ojos de buey del barco de Elian, desde la que diviso el patio al que nunca va nadie.

Aquí la sensación que me oprime el fondo del pecho casi desaparece. Puedo ver las cuatro esquinas y nadie más que yo sabe que este lugar existe.

Cuando suena el timbre de la hora de comer, me siento y saco de la mochila el sándwich de mantequilla de cacahuete y mermelada, y un libro de Elian Mariner. Esta historia es una de mis favoritas. A veces, Elian se va de aventura sin más, mientras que otras salva a la gente. En esta, salva un planeta entero.

SIGUE LEYENDO



ISBN: 978-84-16858-39-2 | PVP: 15,00 € | A la venta: 19-2-2018

«Apasionante».

Booklist

«Deja huella».

Publishers Weekly

«Un triunfo».

Kirkus

«Impresionante».

The New York Times

«Adoro este libro con todo mi corazón»

Jennifer Niven, autora de *Violet y Finch*

«Absorbente y conmovedor».

Emma Donoghue, autora de *La habitación (Room)*

 NOCTURNA
EDICIONES

www.nocturnaediciones.com